

Cosas Que Solo Nosotros Podemos Ver

La campana del almuerzo está sonando. Sonrío vagamente mientras la gente me detiene en el pasillo de camino a clase—

“Iwato, ¿acabas de llegar?”

“Suzume, ¡tienes mala cara!”

“...Así que por fin has decidido unirme a nosotras”, dice Aya, exasperada. Está sentada en su sitio junto a la ventana, picoteando su almuerzo.

“Con retraso a la moda”, dice Mami con una media sonrisa. Está sentada junto a Aya, comiendo un rollito de huevo. Me esfuerzo por sonreír también y me siento frente a ellas. El ruido del aula a la hora de comer y los gritos de las gaviotas fuera me llegan como si los recordara de repente. Casi en piloto automático, saco mi fiambrera y la abro.

“¡Aquí viene la especialidad de la tía!” bromean Aya y Mami. Mi bola de arroz está decorada con nori y copos de pescado para parecerse a un gorrión de dibujos animados, a juego con mi nombre. Lleva un gran peinado de tiras de huevo, un guisante como nariz y mejillas de salchicha. El rollito de huevo, el mini perrito caliente y el langostino frito también tienen caras. Todo está hecho con cariño, como siempre. Cuando preguntan cuánto tiempo le ha llevado a mi tía prepararlo, río débilmente y luego las miro. No consigo sonreír mucho.

“Eh, ¿conocéis esas ruinas de Kaminoura? ¿El antiguo balneario?” les pregunto.

“¿Hay un balneario viejo? ¿Lo sabías, Aya?” pregunta Mami.

“Sí, he oído hablar de él. Lo construyeron en la época de la burbuja. Está en las colinas de allí”, dice Aya. Todas dirigimos la mirada hacia donde señala. Más allá de la cortina descolorida que se mueve con el viento, el pueblo portuario parece tranquilo bajo el sol de la tarde. Un cabo con algunas colinas rodea la pequeña bahía. Es donde acabo de estar.



“¿Y qué pasa con eso?”

“Había una puerta...”, empiezo a decir, antes de darme cuenta de que mi ferviente deseo de convertirlo todo en una broma se ha desvanecido. No fue un sueño. Pero no es algo que pueda contar a mis amigas. Es demasiado personal...

“No importa”, digo.

“¡Eh, no vale! ¡Tienes que contárnoslo!” responden las dos al mismo tiempo. Es tan gracioso que por fin sonrío de verdad.

Al mismo tiempo, me doy cuenta de algo. En la colina más allá de sus caras, se eleva una fina columna de humo.

“¿Eso es un incendio?”

“¿Qué, dónde?”

“Mira, en esa colina.”

“¿Dónde?”

“¡Ahí! ¡Donde está el humo!”

“No lo veo.”

“...¿No lo ves?” Mi dedo extendido cae sin fuerza.

“¿Lo ves?” pregunta Aya a Mami.

“No. Seguro que alguien está quemando un campo o algo”, responde Mami, frunciendo el ceño.



Vuelvo a mirar la colina. Un humo rojo oscuro ondea desde la mitad de la ladera. Lo veo clarísimo contra el cielo azul.

“¡Ah!” exclamo cuando mi móvil vibra en el bolsillo de la falda. El mismo zumbido suena por todas partes. Un sonido disonante y estresante suena una y otra vez—una alerta de terremoto. La gente empieza a gritar en el aula.

“¿Un terremoto?”

“No puede ser, ¡acabo de notar un temblor!”

Entrando en pánico, miro mi móvil. La pantalla de notificación de emergencia dice: “Cúbrete la cabeza y toma precauciones de seguridad”. Miro a mi alrededor. Las luces fluorescentes del techo

empiezan a balancearse. Un trozo de tiza rueda por la mesa del profesor.

“¡Ya viene!”

“¡Lo noto!”

“¿Crees que será fuerte?”

Todos están congelados, conteniendo la respiración, intentando averiguar cuán grave será. Las luces se balancean en arcos cada vez más amplios y los marcos de las ventanas empiezan a crujir. El suelo se mueve ligeramente. Pero parece que el temblor está remitiendo. La alarma se apaga y los móviles de todos se quedan en silencio.

“...¿Se acabó?”

“Sí, se acabó. No ha sido nada.”

“Me he asustado.”

“Últimamente hay muchos terremotos.”

“Ya me he acostumbrado.”

“No deberías bajar la guardia.”

“Esas alertas son tan exageradas.”

Los murmullos de alivio y la tensión que se disipa en el aula me parecen lejanos. Mi espalda sigue empapada de sudor.



“Eh”, digo con voz ronca.

“¿Qué?” pregunta Aya, mirándome. Sé que será igual que antes, pero no puedo evitar preguntar de nuevo.

“Mira allí.”

Lo que parece una enorme cola ha crecido en la colina del cabo. Antes habría pensado que era humo, pero ahora es más gruesa y alta. Parece una serpiente translúcida gigante, o un manojo de trapos retorcidos, o una corriente roja absorbida por un tornado. Se arremolina perezosamente hacia el cielo. Mi cuerpo tiembla, gritando que esto es *algo malo, algo realmente malo*.

“Suzume, no has dicho nada coherente desde que llegaste.”

“¿Te encuentras bien hoy? ¿No estarás enferma?”

“...¿No lo ves?” susurro.

Las dos me miran preocupadas. Ellas no lo ven. Solo yo. Grandes gotas de sudor resbalan desagradablemente por mi mejilla.

“Suzume, ¡espera!”

Sin responder, salgo corriendo del aula, bajo las escaleras a trompicones, cruzo el patio del colegio hasta mi bici y meto la llave. Pedaleo tan fuerte como puedo. Subo la cuesta junto al mar, hacia las colinas. Puedo ver claramente la cola rojinegra elevándose delante de mí. Bandadas de cuervos y otras aves graznan mientras giran alrededor de la gruesa línea que sube al cielo. Pero la gente que pasa en coche y los que están pescando en el malecón no la miran. El pueblo y su gente pasan una tarde de verano tranquila como siempre.

“¿Por qué nadie—? ¿¡Qué demonios es eso!?”

Tengo que averiguarlo. *¿Y si es...?*

Salto de la bici y corro por el mismo sendero estrecho de antes. Mientras corro, miro al cielo. La cola es como un río ancho, turbio y viscoso, que cruza el cielo mientras varias corrientes se ramifican desde ella. Una luz roja que me recuerda a la lava parpadea a lo largo de su longitud. Un retumbar constante y grave golpea bajo mis pies, como si algo estuviera siendo arrastrado desde el suelo.



“No puede ser—”, digo mientras corro hacia el balneario abandonado. Me arden los pulmones, pero mis piernas siguen acelerando, como si algo las empujara hacia delante. Cruzo el puente de piedra, atravieso el vestíbulo del hotel abandonado y bajo por el pasillo hasta el patio.

“No puede, no puede, no puede—”

De repente, noto un olor extraño. Es dulzón, un poco quemado y algo salado como el mar, y me recuerda a algo que olí hace mucho tiempo. Me acerco a una ventana. Puedo ver el patio a través de ella.

“¡Aaah!”

Es justo lo que temía—aunque no entiendo cómo lo sabía. Es la puerta. Sale de la puerta que abrí. La corriente rojinegra y fangosa se retuerce violentamente desde la puerta, como si estuviera furiosa por lo pequeña que es la abertura. Corro por el pasillo y por fin llego al patio. Cincuenta metros más adelante está la puerta blanca vomitando el río fangoso.

“¿¡Qué...!?”

Me quedo mirando. A la sombra de la corriente retorcida, alguien está empujando la puerta. Intentando cerrarla. Cabello largo. Una figura alta. Un rostro hermoso, como si lo hubieran recortado directamente del cielo.

—¡Es él!

El hombre con el que me crucé en la carretera esta mañana está intentando urgentemente cerrar la puerta. Sus fuertes brazos la empujan firmemente de nuevo a su sitio; el torrente se estrecha. La oscura corriente rugiente queda contenida.

—¿¡Qué estás haciendo!? —grita cuando me ve.

Doy un salto.

—Aléjate de aquí.

Justo entonces, la corriente se desborda explosivamente. La puerta se abre de golpe, lanzando al hombre hacia atrás contra una pared de ladrillo, y se desploma en el agua junto con los escombros del impacto.

—¡No!

Bajo corriendo los escalones de piedra y cruzo la piscina poco profunda del patio hasta llegar a su lado. Está tendido, inerte, con la espalda en el agua.

—¿¡Estás bien!? —pregunto, inclinándome sobre él.

Gime e intenta incorporarse. Cuando le rodeo los hombros con el brazo para ayudarlo, noto algo.

—...¡

El agua brilla. Apenas me da tiempo a pensarlo cuando algo parecido a un hilo dorado se eleva silenciosamente desde la



superficie del agua y se extiende hacia el cielo como si lo agarraran unos dedos invisibles.

—Esto es... —murmura el hombre.

Hilos dorados se elevan por toda la superficie del agua hacia el cielo. Miro hacia arriba. El río que brotó de la puerta se ha dividido en corrientes que ahora serpentean por el cielo. Es como si un tallo hubiera crecido desde la puerta y florecido en una enorme flor de color bronce rojizo. Los hilos dorados parecen lluvia cayendo al revés sobre ella. Poco a poco, la flor comienza a colapsar.

—¡...malo! —termina, arrancando la palabra de su desesperación.

Me lo imagino. Por desgracia, puedo imaginármelo. Fuera de las ventanas de mi aula, la enorme flor se desploma lentamente hacia el suelo. Pero nadie ve su grotesca forma; nadie huele la podredumbre; nadie nota el desastre que se cierne desde el reverso del mundo. Sin que los pescadores en sus barcos, o los ancianos lanzando sus cañas desde la orilla, o los niños paseando por el pueblo lo sepan, la flor acelera hacia el suelo. Pronto se estrellará, con todo su peso abrumador.

Casi al mismo tiempo, mi móvil empieza a sonar estridentemente en el bolsillo de mi falda, y el suelo bajo mis pies comienza a temblar. Un grito brota de mi boca.

—Esto es un terremoto. Esto es un terremoto. Esto es un—

Estoy gritando al aviso robótico del terremoto, al violento temblor y al crujido y chirrido del edificio abandonado. Me tapo los oídos y me agacho donde estoy. El terremoto es intenso. Es casi imposible mantenerse en pie.

—¡Cuidado! —dice el hombre, empujándome.

La mitad de mi cara queda sumergida en el agua. Un segundo después, se oye un golpe fuerte y el agua delante de mí se tiñe de rojo. ¿¡Sangre!?

Sobre mi cabeza, el hombre deja escapar un gemido breve y ahogado. Se pone en pie. Mirándome, grita:

—¡Sal de aquí!

Corre hacia la puerta. Trozos de la estructura de acero de la cúpula se desprenden y caen al agua. Con un rugido poderoso, el



hombre lanza todo su cuerpo contra la puerta, intentando empujar de nuevo el río fangoso hacia dentro.

Le observo desde atrás, aturdida, y noto que la manga izquierda de su camisa está manchada de rojo. Se presiona la herida con la mano derecha, como si no pudiera soportar el dolor. Está intentando empujar la puerta solo con el hombro derecho. Pero él y la puerta son lanzados hacia atrás por la fuerza del río. Se ha herido protegiéndome de la viga que caía.

Por fin me doy cuenta, mientras mi móvil sigue chillando “Esto es un terremoto”. El suelo sigue temblando violentamente. Mi mano derecha ha estado agarrando el lazo de mi uniforme todo este tiempo, y ya no siento los dedos. El brazo izquierdo del hombre cuelga inerte a su lado, pero sigue empujando desesperadamente la puerta.

Este chico—

De repente, quiero llorar. No sé por qué me viene ese pensamiento.

Nadie se da cuenta, pero este chico está haciendo algo importante que hay que hacer.

Algo en mi interior empieza a moverse. Verle cambia algo en mí.

La tierra sigue temblando. Intento abrir mi mano rígida. Intento soltar lo que estoy agarrando. Empiezo a correr, salpicando agua por todas partes.

Me acerco a él. Mientras corro, lanzo ambas manos y me estrello contra la puerta con todas mis fuerzas.

—¿¡Tú otra vez!? —grita el hombre, mirándome sorprendido—. ¿Por qué?

—¡Tenemos que cerrar esto, ¿no?! —grito, colocándome a su lado y empujando.

Una sensación excepcionalmente siniestra me llega a través de las delgadas tablas. Concentro toda mi fuerza, intentando aplastar esa cosa horrible. Siento a través de las palmas que el hombre también está empujando con más fuerza. La puerta empieza a crujir al cerrarse.



¿Es eso una canción? De repente, noto que el hombre está cantando en voz baja mientras se esfuerza. Le miro. Tiene los ojos cerrados y está cantando una serie de palabras extrañas con una entonación rara, como las oraciones rituales que se oyen en los santuarios, o una canción de hace mucho, mucho tiempo. Poco a poco, algo se superpone a su voz.

—¿Espera... qué? —escucho más voces—. Las risas emocionadas de niños, el murmullo de conversaciones entre adultos.

“¡Papá, date prisa! ¡Hace siglos que no vamos a un balneario!”

Puedo oír el alegre bullicio de una familia como si me lo inyectaran directamente en el cerebro.

“¡Voy a buscar al abuelo!” “Mamá, ¡vamos otra vez al baño!” “¿Qué, te vas a tomar otra cerveza?” “Volvamos el año que viene para las vacaciones familiares.”

Las voces lejanas suenan como una película desvaída. Puedo oír el bullicio. Las multitudes de jóvenes emocionados. Este lugar, en una época en la que todos creían ciegamente en un futuro brillante, antes de que yo naciera—

¡Bang!

La puerta finalmente se cierra.

—¡Está cerrada! —grito.

Sin perder un segundo, el hombre saca lo que parece una llave y la introduce en la puerta. Por un instante, creo ver aparecer una cerradura en lo que debería haber sido una superficie lisa.

—¡Respetuosamente os las devolvemos! —grita el hombre mientras gira la llave.

Con un sonido como el de una burbuja gigante explotando, la corriente se disipa. Una sensación de vértigo me invade, como si la mañana hubiera despejado la noche en un instante. Comienza a caer una lluvia de colores sobre la piscina del patio. Pero pronto, el viento también se la lleva.

Las voces lejanas han desaparecido.



El cielo vuelve a ser de un azul claro, y la tierra ha dejado de temblar. La puerta permanece en silencio, como si todo lo que acaba de pasar fuera un espejismo. Esta es la primera puerta que cerraré.

* * *

Como estaba empujando con tanta fuerza, quitar las manos de la puerta es más parecido a despegarlas. Las piernas me tiemblan. La piscina poco profunda está tan quieta como el cristal. Se oye el canto de los pájaros. El hombre está a unos pasos de mí, mirando la puerta cerrada.

—Eh... ¿Qué acaba de pasar? —pregunto.

—La Piedra Angular debería haber estado en su sitio.

—¿Eh?

Por fin se aparta de la puerta y me mira a los ojos.

—...¿Por qué has venido aquí? ¿Por qué podías ver el gusano?
¿Dónde ha ido la Piedra Angular?

—Eh, ehm...

Su tono es insistente, pero mi respuesta es confusa.

—¿Gusano? ¿Piedra Angular...? ¿Te refieres a una roca? ¿De qué estás hablando?

Me fulmina con la mirada.

¿Espera, me está culpando de algo? ¿Por qué?

—¿¡Qué está pasando!?! —espeto, de repente enfadada.

Parpadea sorprendido, luego suspira y se aparta un largo mechón de pelo de los ojos con descuido. El pequeño milagro de elegancia en ese gesto me enfurece aún más. Me ignora y vuelve a mirar la puerta.



—...Este lugar se ha convertido en una Puerta. Por ahí es por donde pasa el gusano —murmura crípticamente y empieza a alejarse—. Gracias por ayudarme. Ahora, por favor, olvida todo lo que has visto aquí y vete a casa.

Mientras se aleja, noto que la mancha oscura de sangre en su brazo izquierdo se está extendiendo. Es la herida que se hizo protegiéndome.

—¡Espera! —grito.

* * *

En ese momento de la tarde, Tamaki no estaría en casa. Teniéndolo en cuenta, abro la puerta principal.

—Por favor, sube arriba. Voy a por el botiquín y subo en un minuto —le digo al hombre, que está de pie en la entrada.

Me dirijo al salón.

—Agradezco la intención, pero yo...

—Si odias tanto los hospitales, al menos déjame curarte yo —digo con firmeza.



Ha estado resistiéndose obstinadamente a recibir tratamiento desde que salimos del hotel en ruinas. ¿Odia a los médicos? ¿Qué es, un niño de cinco años? El recibidor familiar de mi casa parece ridículamente pequeño con él de pie ahí. Detrás de mí, le oigo subir las escaleras a regañadientes.

Un helicóptero de noticias sobrevuela, lo cual es inusual. Así de grande fue el terremoto. De camino a casa desde las ruinas, vi muros de piedra derrumbados y tejas caídas. Mi barrio, que normalmente es silencioso como la muerte, estaba tan concurrido como en un festival, con todos limpiando y felicitándose por haber sobrevivido. El salón está lleno de cosas por el suelo. Los libros de la estantería están esparcidos, un grabado se ha caído de la pared y nuestro fresno japonés se ha volcado en su maceta, esparciendo

tierra por el suelo. En la esquina donde Tamaki cuelga sus fotos nostálgicas, algunos marcos también se han caído. Al mirar una foto mía a punto de llorar en mi primer día de guardería (y Tamaki, diez años más joven, sonriendo a mi lado), abro un armario y busco el botiquín.

Subo las escaleras pensando que mi habitación debe de estar hecha un desastre, pero me sorprende encontrarla bastante ordenada. El hombre debe de haberla recogido mientras yo estaba abajo. Está sentado en medio de la habitación limpia, dormido. Debía de estar agotado. Ha sacado la sillita infantil de la esquina y está sentado en ella. Es una silla pequeña de madera, vieja y pintada de amarillo. Desde la habitación ordenada hasta la silla de niños, tengo la incómoda sensación de que ha visto un lado privado y embarazoso de mí.

—Bueno, vamos a lavar esa herida —digo en voz alta, acercándome.

“Hoy a la una y veinte de la tarde, se ha producido un terremoto de intensidad seis, con epicentro en el sur de la prefectura de Miyazaki. No hay riesgo de tsunami asociado. Hasta el momento, no se han reportado heridos...”

El hombre escucha hasta ahí el informe, luego pulsa la pantalla de su móvil para apagar las noticias. La laceración no parece tan grave como la sangre hacía pensar. Pero, por si acaso, la lavo cuidadosamente con agua y le pongo un apósito antiséptico. Arrodillada a su lado, le tomo el brazo izquierdo y empiezo a vendarlo. Sus músculos son bastante gruesos. La extraña llave que usó para cerrar la puerta cuelga de su pecho sobre una camisa larga. Es de metal color hierba seca, con intrincados grabados. Una suave brisa entra por la ventana abierta, haciendo sonar el carillón colgado allí.

—Se te da bien —dice, observando cómo le vendo.



—Mi madre era enfermera. De todos modos, ¡tengo muchas preguntas para ti!

—Seguro que sí —dice, con una leve sonrisa perfecta en los labios.

—Eh... Dijiste que había un gusano, ¿verdad? ¿A qué te referías?

—El gusano es una fuerza poderosa bajo el archipiélago japonés. Cuando se acumulan distorsiones, emerge sin intención ni objetivo, agitándose sin sentido y provocando terremotos.

—¿Eh...?

Me cuesta procesar esa información.

—Pero lo hemos atrapado, ¿no? —pregunto, ya que eso es lo importante.

—Solo lo hemos confinado temporalmente. Si no lo sellamos con la Piedra Angular, volverá a salir por otro sitio.

—¿...Quieres decir que habrá otro terremoto? Antes mencionaste una Piedra Angular, ¿eso es...?

—Está bien —dice, poniendo fin a la conversación con suavidad—. Evitarlo es mi trabajo.

—¿Tu trabajo?

Termino de vendarle. Fijo la venda con un trozo de esparadrapo. Ahora tengo más preguntas que nunca.

—Dímelo —digo, endureciendo la voz—. ¿Quién eres exactamente...?

—Gracias por hacer eso —dice suavemente antes de incorporarse. Me mira a los ojos y hace una reverencia.

—Me llamo Souta. Souta Munakata.

—¡Oh! Eh... Eh, yo me llamo Suzume Iwato —balbuceo, sorprendida por su repentina presentación.

Repito mi nombre, saboreándolo, y luego sonrío suavemente.

—¡Miau!

—¡Ay!



Levanto la vista y veo una pequeña figura en el alféizar de la ventana. Un gatito está encaramado a la barandilla de la ventana. “¿Qué? ¿Quién es este? ¡Estás tan flaco!” Su cuerpecito, lo bastante pequeño como para caber en mi palma, está huesudo y demacrado. Solo sus ojos amarillos son grandes. Es todo blanco, salvo por un anillo de pelo negro alrededor de su ojo izquierdo, como si le hubieran dado un puñetazo y le hubiera salido un moratón. Tiene las orejas pegadas hacia atrás. Es difícil no sentir lástima por una carita así.

—¡Espera un segundo! —le digo a Souta y al gato antes de correr a la cocina, echar unas sardinas secas en un plato y subirlas a mi habitación junto con un cuenco de agua para ponerlo en el alféizar.

El gatito olfatea el pescado, lo lame con cautela y luego empieza a comer con ganas.

—Debías de estar muerto de hambre... —murmuro, mirando sus costillas huesudas. No lo había visto antes por aquí—. ¿Te escapaste durante el terremoto? ¿Estás bien? ¿Te asustaste?



El gatito blanco me mira directamente a los ojos.

—Miau —responde.

—¡Eres tan mono! ¡Qué gatito tan valiente!

A mi lado, Souta también sonrío.

—¿Quieres ser mi gato? —pregunto sin pensar.

—Sí.

—¿Eh?

Me ha contestado. Sus ojos amarillos, como canicas, me miran fijamente. Hace un momento estaba en los huesos, pero ahora está tan rechoncho como un pastelito de arroz. Sus orejas están erguidas. El carillón suena, como si se hubiera olvidado de hacerlo hasta ahora. La boquita peluda del gatito se abre.

—Suzume buena. Me gusta ella.

Su voz vacila como la de un niño pequeño, pero el gato acaba de hablar. Una voluntad humana impregna sus ojos amarillos. Se giran hacia Souta y se entrecierran.

—Tú. Estorbas.

“!”

¡Clac! Oigo un ruido. Miro alrededor instintivamente y veo que la silla en la que estaba sentado Souta se ha volcado. Solo la silla.

—¿Espera, qué?

Él ya no está. Souta estaba aquí hace un segundo. El gato blanco sigue perfectamente quieto en el alféizar. Parece que sonrío, y siento cómo la piel se me eriza, y entonces—

¡Clac!

Algo se mueve a mis pies. La silla está de espaldas. Algo no va bien.

¡Clac!

...¿? La pata delantera izquierda de la silla de madera está rota, así que solo tiene tres patas. Una de las patas restantes parece estar agitándose. El movimiento es suficiente para poner la silla de lado. Dos patas golpean el suelo y la silla se pone en pie.

—¿Eh...?

Luchando por mantener el equilibrio, me mira con sus dos ojos. Claro, la silla siempre ha tenido un par de ojos tallados en el respaldo. Inclina la cara hacia abajo como si quisiera comprobar el estado de su cuerpo.

—¿Qué demonios...? —dice la silla con voz baja y suave.

—¡No puede ser! —grito, sin poder evitarlo—. ¿S-Souta...?

—Suzume... ¿qué me ha pasado...?

Justo entonces, la silla pierde el equilibrio y cae hacia delante. Pero se sostiene dando una patada con la pata delantera. Gira sobre sí misma por la fuerza del golpe, agitando frenéticamente sus tres patas. Suena como si alguien estuviera zapateando en mi habitación. Finalmente, se detiene y se fija en el gato del alféizar.



—¿¡Has sido tú!? —la silla—quiero decir, Souta—grita, enfadándose.

El gatito salta ágilmente por la ventana.

—¡No! —grito mientras la silla corre hacia la ventana.

Trepa por la estantería como si fuera una escalera y salta tras el gato.

—¡Espera, espera! —grito.

¡Estamos en el segundo piso!

Oigo a Souta gritar. Me asomo por la ventana, presa del pánico. La silla resbala por el tejado. Cae sobre la colada que cuelga en el jardín para secarse y desaparece. Un segundo después sale disparada de debajo de una sábana. El gato ya está cruzando la carretera, y la silla lo sigue saltando a la calle estrecha. Un coche que pasa pita sorprendido.

—¡No puede ser! Tengo que ir tras ellos, pienso, y un segundo después me pregunto si estoy loca. Todo el miedo, la confusión y los escalofríos que sentí antes regresan de golpe. ¿Un gusano que provoca terremotos? ¿Un gato que habla y una silla que corre? Esto no tiene nada que ver conmigo. Obviamente, sería mejor no involucrarme.



No formo parte de ese mundo, pienso, sin saber exactamente qué quiero decir. Pienso en Tamaki, en Aya y en Mami.

Pero solo nosotras podíamos verlo.

Agarro la llave de Souta del suelo, donde se ha caído, y salgo corriendo de mi habitación. Probablemente dudé solo un segundo. Cuando bajo corriendo las escaleras, ya he olvidado que dudé.

—¡Suzume!

—¡Tamaki!

Me cruzo con Tamaki en la entrada.

—¡Perdona, tengo que irme! —digo, esquivándola.

—¿A dónde vas? —pregunta, agarrándome del brazo.

—He vuelto porque estaba preocupada por ti.

—¿De verdad?

—¡El terremoto! No contestabas al teléfono, así que...

—Oh, perdón. ¡No me di cuenta de que llamaste! ¡Estoy bien!

A este ritmo, los perderé. Me zafó de la mano de Tamaki y salgo disparada a la calle. Sus gritos se desvanecen tras de mí.

Corro colina abajo tras Souta y el gato, y finalmente los distingo. Souta va medio cayendo por la pendiente, con las patas hechas un lío. Más allá, una chica y un chico con uniforme de secundaria suben la colina. La silla da vueltas y se desliza ruidosamente hasta detenerse delante de ellos.

—¡Guau!

—¿Qué es eso?

—¿Una silla?

Souta se reincorpora rápidamente, pero debe de estar desequilibrado, porque da vueltas en círculos. Los chicos gritan asustados ante el extraño objeto que gira a su alrededor. Finalmente, se orienta y vuelve a lanzarse colina abajo.

—¡Perdón! —grito mientras paso corriendo junto a los estudiantes, que están sacando fotos de la silla con sus móviles. Oigo el aluvión de clics de las cámaras tras de mí.

Maldita sea, me están grabando también. Esto no acabará en las redes, ¿verdad?

Delante de Souta, distingo al gato y, más allá, el puerto. La bandada de gaviotas que suele rondar el puerto como una pandilla de niños delante de una tienda sale volando. El gato blanco pasa corriendo por donde estaban, seguido de la silla y, un minuto después, de mí.

—¡Eh, Suzume! —me llama una voz grave.

—¿Eh?

En el siguiente muelle, al otro lado de una franja de mar, Minoru me saluda con entusiasmo. Es compañero de trabajo de Tamaki y lleva años enamorado de ella sin éxito. Parece estar descargando algo de un barco pesquero. Es buen tipo, así que no me cae mal, pero...

—¿Qué pasa?

No hay forma de que pueda responderle ahora. La zona de embarque del ferry es una escalera de acero desnuda, y unos



hombres que parecen camioneros suben y bajan ruidosamente. El gato se cuela entre sus pies con Souta pisándole los talones. Los camioneros, sorprendidos, gritan.

—¿Pero qué...?

—¡No me lo puedo creer! —murmuro mientras me abro paso a empujones entre los hombres y subo corriendo la rampa del ferry.

—¡Disculpad! ¡Perdón!

Lo único que puedo hacer es disculparme y abrirme paso mientras subo la rampa al ferry.

“Pedimos disculpas por la espera”, dice el capitán por megafonía.

“El terremoto de esta tarde retrasó nuestra salida, pero hemos completado la inspección de seguridad y partiremos en breve.”

La bocina, que siempre oigo a lo lejos, suena tan fuerte que la siento en los tímpanos. Luego el ferry se aleja lentamente del puerto, como si los rayos inclinados del sol de la tarde lo empujaran. El gato, la silla y yo estamos a bordo.

